

Presentación libro Alexis de Tocqueville. Un liberal único

Madrid 18.02.2026

Bienvenidos a este acto que convoca la fundación FAES. Es un placer estar en compañía de tantos buenos amigos.

Quiero agradecer al Senado, en la persona de su presidente, su amable acogida. Estamos encantados de regresar aquí para presentar el último título, recién publicado, de nuestra colección de biografías intelectuales.

Se trata del quinto volumen de la serie: *Alexis de Tocqueville. Un liberal único*, de Eduardo Nolla.

Se ha glosado ya la brillante trayectoria de su autor. Solo me resta decir que FAES se enorgullece de haber podido contar con el profesor Nolla, académico de talla internacional, y uno de los mayores expertos mundiales en Tocqueville.

Hace más de setenta años, Ortega encaminó a Luis Díez del Corral tras la pista de Tocqueville.

Tan fecunda fue la sugerencia que la bibliografía de Díez del Corral se abre con un título, *El liberalismo doctrinario*, y se cierra con otro, *El pensamiento político de Tocqueville*.

Circunscrito en esa órbita, don Luis llegó a escribir que “el trato siempre cautivador de Tocqueville puede convertirse en verdadero cautiverio”.

Pues bien, hoy presentamos un libro de alguien que fue, a su vez, discípulo de Díez del Corral; y que, como su maestro, también ha pasado largo tiempo recluso “en la cárcel dorada de Tocqueville”.

En busca de la libertad perdida

Lo cierto es que cualquiera que se acerque a Tocqueville comprenderá pronto los motivos de esa fascinación. Pocos clásicos tan contemporáneos como él.

Volver a Tocqueville nunca fue más oportuno. Hoy día, ¿no es pertinente hablar de la democracia en América? ¿o de ese nuevo “despotismo mayoritario”, el populismo? ¿o del problemático futuro de la libertad?

Sus temas son nuestras vivencias cotidianas. Sus pronósticos de hace dos siglos podrían pasar como el mejor diagnóstico del presente.

Tocqueville nace con el imperio napoleónico y su infancia está teñida de espantos: respira el reciente Terror jacobino; la pesadumbre y las esperanzas de los emigrados; guerras de conquista; victorias que

culminan en epopeyas; y, pronto, una derrota que comienza en Rusia y culmina en Waterloo.

Su juventud será más serena, pero no más dichosa, porque pertenece a una generación de angustiados que pronuncia una sola palabra: revolución.

Siempre añorará algo que no abundó en la Francia de su tiempo, y que también se expresa con otra palabra insustituible: libertad.

Toda su obra es un intento de dar respuesta a la pregunta que más le inquieta: ¿cómo curar a Francia de revoluciones estériles y dictaduras opresivas? ¿cómo garantizar esos derechos que los franceses proclaman sin lograr practicarlos?

Aquí está el origen de su gran libro. Escrito para la Francia traumatizada por la Revolución, el Terror y la aventura napoleónica, buscará demostrar cómo es posible realizar una democracia sin necesidad de optar entre la guillotina y el sable.

Viaje al futuro

En la introducción de su gran libro sobre la democracia norteamericana, Tocqueville anuncia que no alberga un propósito descriptivo; no busca impresiones exóticas, como su pariente Chateaubriand. Escribe:

“No es para satisfacer una mera curiosidad, muy legítima, desde luego, por lo que voy a examinar la democracia de América. Quiero también deducir enseñanzas de que podamos aprovecharnos”.

Y dirá que ha querido estudiar una corriente irresistible, “no solo para averiguar lo que de ella cabe esperar, sino también lo que debe temerse”.

El fruto de ese *viaje al futuro* es un tratado –sereno y minucioso– de la democracia tal como la siente, respeta y practica un pueblo predestinado para ella.

Este aristócrata liberal no velará nunca su inquietud por la suerte de la libertad en las sociedades democráticas, cuyo perfil adivinó mucho mejor que tantos falsos profetas del siglo XIX.

Tocqueville afirmará que “la suavidad es el bálsamo y el veneno de las sociedades democráticas”. Lúcidamente pronostica el peligro de un “despotismo democrático” que, de establecerse, tendrá un carácter inédito.

Ese nuevo despotismo –para el que habría que buscar un nombre también nuevo– “será más benigno y degradará a los hombres sin atormentarlos”. Si el antiguo fue “violento y restrictivo”, el nuevo será “extendido y suave”.

Camino de libertad o de servidumbre

Y es que, según Tocqueville, la igualdad democrática genera dos tendencias: la primera conduce a los hombres hacia la libertad; la otra los encamina hacia la servidumbre. Su preocupación será cómo transitar por el primer camino, preservando la libertad en sociedades irremediablemente igualitarias.

Por eso, en la encrucijada de nuestra “crisis democrática”, volver a Tocqueville resulta singularmente orientador. A la luz de sus reflexiones, comprobamos que esa crisis tiene raíces muy profundas.

Pondré un ejemplo. Hoy asistimos al cuestionamiento radical de todas las figuras de autoridad y mediación, más conocidas como “élites”. ¿Qué es el populismo sino la manifestación más evidente de tal rechazo?

Esta impugnación suele formularse aludiendo a la *traición de las élites*. Se les reprocha perseguir desde el poder sus intereses personales. Una denuncia ampliamente justificada, por cierto.

Suele explicarse así la victoria del *Brexit* en el Reino Unido, el ascenso de formaciones populistas a lo largo y ancho de toda Europa y el fenómeno Trump en los Estados Unidos.

Sin embargo, puede que esos análisis sólo revelen una parte de la realidad. Puede que en esta gran crisis de la mediación intervengan fuerzas más estructurales y profundas. Fuerzas identificadas, en gran medida, por Alexis de Tocqueville, y eso renueva el interés de sus análisis.

En sus textos encontramos descrito cómo, en las sociedades igualitarias, prosperan, juntos, la autoconfianza arrogante y el desinterés por lo común.

Este solipsismo se ha elevado a la máxima potencia con las nuevas tecnologías. Todo el mundo se cree perfectamente informado y conocedor de temas que afectan a la sociedad en su conjunto. Sin necesidad de mediación política, académica o periodística.

Pero para juzgar por uno mismo, hay que saber analizar las proposiciones que se examinan y las pruebas en las que se apoyan; un examen que requiere tiempo, trabajo y estudio.

Lejos de esto, hoy cunde una mentalidad crítica que, sin embargo, es incompleta, y por lo tanto peligrosa, porque duda de todo menos de sí misma.

Y este fenómeno es radicalmente nuevo. Los valores de la Ilustración – razón, autonomía e igualdad– fueron sumamente fecundos durante casi dos siglos, porque permanecían atemperados por otros valores, correlativos y previos: modestia epistemológica, autoridad, honor y dignidad.

Tocqueville nos recuerda que, para restablecer el equilibrio en nuestras sociedades, nada sería peor que renunciar a los valores de la Ilustración. Pero que, al mismo tiempo, se hace urgente recuperar otros valores tradicionales, caídos paulatinamente en desuso.

Unas élites políticas imbuidas del sentido del honor y la dignidad, que restauren su autoridad moral y ejerzan un liderazgo responsable: ésta es la perspectiva a la que todos deberíamos adherirnos.

La misma por la que abogó, tantas veces, Alexis de Tocqueville.

Un liberal único: frente a la derecha...

Dice con acierto el subtítulo de esta biografía, que Tocqueville fue un “liberal único”.

Probablemente sea el exponente más representativo de una familia de liberales moderados que reconocieron, tras la revolución, que el nuevo orden –moderno, democrático, comercial– no tenía alternativa viable.

Rechazaban tanto la nostalgia reaccionaria como la euforia revolucionaria. Tocqueville admite la justicia de la causa democrática, advirtiendo que el reconocimiento de la igualdad de todos no debe laminar el cultivo de la independencia y calidad de cada uno.

Detectó en la modernidad una tendencia a radicalizarse y, frente a ello, su obra desea transmitir “el saludable temor al futuro que le hace a uno estar alerta y combativo, y no esa suerte de terror suave y ocioso que desgasta los corazones y los enerva”.

Aclara esa actitud, opuesta a cualquier desesperación reaccionaria, un fragmento de su correspondencia con el conde de Gobineau.

Este intercambio entre un liberal-conservador y un radical de derecha ilustra bien, por cierto, controversias muy actuales.

Tocqueville era amigo del conde, pero sabía dejar claras sus diferencias. El 24 de enero de 1857 le escribía para recordárselas.

Empieza su carta reprochando a Gobineau su tesis sobre la desigualdad de las razas, que le parece “incompatible con la letra y el espíritu del cristianismo”, además de incompatible “con la decencia y el buen juicio”. Luego valora las posiciones de Gobineau sobre la sociedad moderna, censurando su desprecio por sus semejantes, en estos términos:

“No, no creeré que esta especie humana, que está a la cabeza de la creación visible, deba convertirse en el rebaño degradado que tú nos dices que es, y que no hay más que hacer sino entregarla sin futuro y sin recursos a un pequeño número de pastores, que, después de todo, no son mejores animales que nosotros y a menudo son peores”.

En una carta anterior a Kergorlay, de 1850, citada en este libro, había formulado ya una profesión de fe de la que no abjuraría jamás: “No tengo otras tradiciones, no tengo partido, no tengo una causa que no sea la de la libertad y dignidad humanas”.

... y a la izquierda

En su reivindicación de la libertad individual, Tocqueville no descuida que vivimos en sociedad, y eso nos implica en un entramado de obligaciones recíprocas.

Tampoco confundió la libertad con un medio para el logro de fines utilitarios. Bien al contrario, sostenía que, si llegase un tiempo en que los hombres se contentasen solo con los bienes materiales, acabarían por perder hasta la capacidad de producirlos.

Se ha repetido mil veces su vaticinio sobre la amenaza despótica que acompaña, como su sombra, el avance de la democracia; permitidme que yo también ceda a esa manía. Todos lo recordáis:

“Sobre la especie humana se alza un poder inmenso y tutelar que asume la carga de asegurar las necesidades de la gente y cuidar de su destino y desenvolvimiento. Es absoluto, minucioso, ordenado, previsor y bondadoso. Equivaldría al amor paterno si su misión fuera educar a los hombres en tanto alcanzan la edad adulta. Pero, contrariamente, lo que pretende es mantenerlos en una infancia perpetua.”

Todavía mayor era su rechazo a formas más desaforadas de socialismo. En su discurso sobre el derecho al trabajo, de 1848, denunció el ánimo “confiscatorio de la libertad humana” que, a su juicio, albergaba el socialismo, tildándolo de “nueva forma de servidumbre”.

En ese discurso y en su *Memoria sobre el pauperismo*, Tocqueville anticipó los peligros de lo que hoy llamamos “trampa de la dependencia”. No confundió la necesidad de una política social con el asentimiento a fórmulas de pupilaje estatal.

Como Dunoyer, concebía el progreso como la emancipación gradual de la tutela administrativa. Para un liberal como él, facilitar muletas al que tropieza podrá ser una necesidad transitoria; pero el ideal permanente siempre será caminar sobre los propios pies.

La lección de Tocqueville

Tal vez el legado más perdurable de Tocqueville consista en su distinción entre la democracia como sistema o régimen político y la democracia como proceso o dinámica social igualitaria. La ambivalencia que suele apreciarse en su valoración de la democracia parte de aquí.

Tocqueville desea evitar que, en democracia, el resentimiento y la envidia tengan la última palabra. Su obra es una permanente invitación a preservar, en sociedades democráticas, la capacidad de emulación y el respeto a la excelencia.

Hoy somos testigos de una perversión del individualismo inducida y alentada por voces que preconizan la superación de la *democracia neoliberal* (o sea, la democracia realmente existente) en aras de una utópica *democracia radical*.

En nombre de la “expansión de la democracia”, se nos invita a redefinir instituciones seculares y a repudiar nuestra herencia cultural.

En contraste con esta postulación abstracta de la democracia, Tocqueville nos anima a practicarla en un ámbito de instituciones y costumbres que la garanticen.

Hay en este libro una cita de su correspondencia que resume a la perfección esta idea y los peligros que corremos olvidándola:

“*No son las leyes las que conservan la ley, son los sentimientos y las costumbres. ¿Qué ha sido de los sentimientos a los que han dado vida nuestros padres? ¿Dónde están las costumbres políticas que les han*

hecho fundar las instituciones que nosotros sabemos emplear tan mal? ¿No es obvio a todas las miradas que cada día los ciudadanos se vuelven más indiferentes por la cosa pública?"

El hábitat de la libertad

Pierre Manent sintetizaba así la enseñanza de Tocqueville: es *difícil ser amigo de la democracia, pero es necesario serlo*. Porque solo aceptando el principio democrático es posible mantener o suscitar la libertad política.

Por lo demás, Tocqueville nos alerta denunciando a los enemigos característicos de la democracia:

Por un lado, los que rechazan su principio –la igualdad– por ser contrario a una desigualdad natural que creen indeleble.

Y por otro, los que se presentan como sus amigos desmedidos. En una época de populismo rampante como la nuestra, estos son los que más abundan.

Son los que deducen del principio democrático de igualdad el imperativo de lograrla sacrificando la libertad;
los que elevan el Número por encima de la Ley;
los que niegan límites constitucionales a la soberanía;
los que se arrogan en exclusiva la interpretación de una Voluntad Popular monolítica.

Son, en fin, los que siempre han querido hacer incompatibles libertad y democracia.

Amigos,

Concluyo. Ortega dijo que los libros de Tocqueville “se ocupan de un mismo tema, tomado primero por su anverso y luego por su reverso”.

Así es. *La democracia en América* arroja luz sobre el hábitat necesario para que la delicada planta de la libertad arraigue y florezca. *El Antiguo Régimen y la Revolución* muestra el hábitat que le impide nacer y crecer.

Su ocupación constante, como veis, fue describir las condiciones que hacen posible la libertad.

Instruidos por Tocqueville, estaremos siempre en mejor posición para defenderla.

Con ese propósito se publica este libro; con ese propósito se celebra este acto.

Muchas gracias.

